

EL MAR EN LA LÍRICA CANARIA

Alejandro Coello Hernández, Paula de Vega García
y María Gloria Castro Lorenzo

A Rafael Fernández Hernández.

Este artículo pretende ser una aproximación a la lectura que hicimos en abril en las VII Jornadas de Jóvenes Investigadores organizadas por el Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias. Hemos querido sintetizar las ideas fundamentales para darle prioridad a las voces poéticas de nuestro archipiélago que le cantan al mar. Por eso, antologamos algunos de los textos que consideramos referenciales de este análisis que hemos elaborado.

El tópico literario que aquí tratamos, el mar en la poesía, se ha reflejado en las composiciones de nuestro archipiélago desde las endechas y romances, en donde se muestra como paisaje, como ámbito de comunicación, de aislamiento y de vida pesquera. Será en el Romanticismo, trascurridos los siglos, cuando aparezca la doble mirada con que nuestros poetas se acercan al mar como paisaje observado o como paisaje interpretado. Aunque se utilizarán criterios temáticos, seguiremos estas dos percepciones del mar que Fernando Castro ha acuñado como *visiones atlánticas*.

La visión objetiva pretende describir el mar como una realidad independiente de la voz creadora. Podemos vislumbrar dos orientaciones: el mar afanoso y el mar embravecido. Por un lado, el mar afanoso es el ámbito en que se resuelve la vida de unos personajes y sus interrelaciones como una forma de reconocimiento de lo canario a la luz del océano. Ya se refleja en Bartolomé Cairasco de Figueroa y Antonio de Viana, autores fundacionales de nuestra tradición. Se sumará, ya en el Romanticismo, Ignacio de Negrín Núñez, «el primer poeta canario del mar», como lo definió Sebastian Padrón Acosta. El mar de Negrín Núñez, en el que se puede leer la febrilidad y angustia del marino, y en el del modernista Tomás Morales, se escapan de esta mirada y también aportan cierta novedad a la visión interpretada del paisaje. Posteriormente, hay manifestaciones de esta visión en la obra *Medallas* de Francisco Izquierdo, en Saulo Torón, en Alonso Quesada, en Ramón Feria o en Pedro García Cabrera. Por otro lado, el mar embravecido se define como los embates del océano, en el litoral o en alta mar, en las cercanías de los puertos o en la lejanía de las rutas transat-

lánticas. El pescador canario es quien más ha sufrido la tragedia, y de este modo lo plasma la poesía insular. Así, destacamos al romántico Rafael Bento y Travieso con su «Oda con motivo de la tempestad acaecida en la isla de Gran Canaria en la noche del 19 al 20 de octubre de 1825».

La visión subjetiva abarca las reelaboraciones de la voz lírica sobre el mar desde la constatación del hombre histórico como un elemento modificador del paisaje hasta la consciencia de aislamiento respecto de los centros de emisión cultural. Por eso, el mar es interpretado en esta vertiente entre lo mitológico y lo mítico, pues se intenta dilucidar lo isleño como consciencia atrapada en un doble cerco, histórico y geográfico. Se trata de un mar definidor y mitológico y un mar que se muestra como vía o como límite. Esta interpretación paisajística está sujeta a la continua modificación histórica y a la situación geográfica, sociocultural y psicológica de nuestras Islas. Por eso, los poetas buscan universalizar su voz artística. Nos aproximamos a esa denominación que utilizó Valbuena Prat en su ensayo de 1926 *Algunos aspectos de la moderna poesía canaria: el sentimiento del mar*.

Así, en las endechas está presente un mar de quejas y ausencia de amores que se entrelazan con el tópico del mar. Con el tiempo, Bartolomé Cairasco de Figueroa en su *Templo Militante* (1603) y Antonio de Viana en su *Poema de la conquista de Tenerife* (1604) recurren a un mar lírico y mitológico que recupera Tomás Morales en su afán de definir la insularidad como disolución de fronteras y como espacio de aislamiento. En el Romanticismo, recordando a los *Poetas canarios*

de los siglos XIX y XX de Sebastián Padrón Acosta, aparece el mar definidor y sentido de Ignacio de Negrín Núñez, José Plácido Sansón, Rafael Fernández Neda, Fernando Siliuto y José Benito Lentini, todos ellos muy cercanos al mundo marino. Posteriormente, será la promoción de las vanguardias canarias la que siga reinterpretando el motivo del mar: Agustín Espinosa, Domingo López Torres, Emeterio Gutiérrez Albelo y, sobre todo, Pedro García Cabrera, el gran trovador del mar. Con los autores del mediodécimo aparece Manuel Padorno, que configura el Atlántico en un baño de luz, ese hallazgo epifánico del mar. Esta estela la seguirán los neopuristas canarios, en especial Miguel Martín. Ya en las últimas décadas del siglo XX encontramos a Elsa López, que entrecruza la insularidad y el sentimiento del mar con el amor, esa isla que nos une y nos separa. Por último, para concluir esta revisión de nuestra lectura, damos la palabra al Pedro García Cabrera de *Influencia mediterránea y atlántica en la poesía*:

El isleño siente el mar y lo ama pero no por eso viajará su vida en sus olas [...]. Necesita una salida, un tubo de escape [...]. Si la fuga al continente es posible, la tragedia del hombre atado a la peña se esfuma. De no, se anilla a él. Y el mar será lazo, grillete, foso. Aislado. Soledad torturante. Viviendo un eterno tormento. La mirada halla en el mar un cilicio y le obliga a ahilarse a las estrellas. A fugarse al aire, trazando babeles liberadoras.

1. La visión objetiva:

1.1 El mar afanoso

Aprisa marineros y grumetes,
 aprisa los bateles y los remos,
 aprisa desembarcan capitanes,
 aprisa los alférez y sargentos,
 y aprisa los soldados animosos,
 siguiendo sus pendones y banderas,
 aprisa tocan cajas, suenas pífanos
 y retumban clarines y trompetas.

Antonio de Viana

Negrero

Henchida la blanca lona,
 rompiendo montes de espuma,
 vuela entre compacta bruma
 el bergantín «Sin rival».

Ignacio de Negrín Núñez

Los puertos, los mares y los hombres de mar

Yo amo a mi puerto, en donde cien raros pabellones
 desdoblan en el aire sus insignias navieras,
 y se juntan las parlas de todas las naciones
 con la policromía de todas las banderas,
 [...] ¡Hombres del mar, yo os amo! Y, con el alma entera,
 del muelle os gritaría al veros embarcar:
 ¡Dejadme ir con vosotros de grumete siquier,
 yo cual vosotros quiero ser un Lobo de Mar! [...]

Las Rosas de Hércules, Tomás Morales**El arribo de la flota ballenera**

Al Puerto de La Luz
 ha arribado una flota ballenera:
 tres brik-barcas de altura
 de estupendas fachadas marineras.
 En el asta de popa cada una
 trae la insignia de la Unión América,
 y al entrar en bahía, simultáneas,
 dejan caer sus anclas y cadenas.

Saulo Torón

Gabarras

Una tras otra,
 fichas de damas,
 negras.
 Las quillas hacen
 panza y pierden
 los pechos.
 Rameras
 de parto negro:
 carbón.

Ramón Feria

1.2 El mar embravecido

El faro

Con las olas luchando y con el viento,
 ganar la playa al fin logra el navío,
 si ve, a través del huracán violento,
 la luz de un faro sobre el mar sombrío.

Así halla en otra luz guía y aliento
 el hombre en medio del abismo frío
 a que rudo lo arrastra el sufrimiento
 como la rama que desgaja el río.

La ley divina del dolor humano
es inmutable, y su rigor en vano
tratarás de burlar, loco o impío.

Contra Dios nada ha de poder tu mano.
Pídele sólo que en tu pecho, hermano,
arda la fe que se apagó en el mío.

Domingo Rivero

Yo entiendo tu lenguaje; yo al canto de tus
olas
mis penas incesantes, océano, arrullé,
y al ver cómo en la tarde tu espuma torna-
solas
el velo de una virgen sobre tu faz miré.

Ignacio de Negrín

Núñez

2. La visión subjetiva o interpretativa:

A la mar fui por mi voz

Endechas

Hoy se parte la carabela:
mi corazón en prisión queda.

Aún no son partidos y tengo deseo:
¡qué hará desde que haya mar en medio!

Soliloquio de la Princesa Dácil

Las aguas apresura porque venga
con más presteza, mira que lo espero,
y es muerte el esperar, no lo detenga
tu inquieto movimiento, porque muero.
Aplaza ese rigor lo que convenga
y tráeme ya a mi amado forastero,
que lo desea y ama el pensamiento,
y amar y desear es cruel tormento.

Antonio de Viana

Al mar

Tú tienes tu lenguaje, tu música, tus ruidos,
que expresan misteriosos tu insólito anhelar;
si ruges, en los montes retumban tus bramidos,
si lloras, en las playas rubricas tu pesar.

[...]Y cuando esta palabra tenga fuerza y dominio
para tomarme en brazos,
tutear mi aventura,
darle cielo a mi sangre,
transfigurar mi voz en una hoguera,
se haya como una esponja empapado de pueblo,
que vaya a tus orillas, descalza y pescadora,
a sacar de las redes el seno de naranja
que tiembla en la desnuda Poesía.
Con la mano en el mar así lo espero.

La esperanza me mantiene (1959),
Pedro García Cabrera

Mi casa el mar

El mar mi casa, muro
blanco por el que bajo a las orillas.
El mar mi casa arriba por la tierra.
¡Qué verde y qué crecida viene, cuánto
mueven los vientos
la blanda hierba de sus valles, cómo
despunta blanca su flor de cada ola!
.....
Mi casa el mar; no quiero
bajar del mar a pozo hondo, a cueva
oscura, a tierra negra.

Dejadme aquí en el mar subido, aquí
en el palo mayor de la mañana.
Dejadme aquí en el barco de esta tierra,
aquí en el mar; no quiero
desembarcar en esa cueva oscura,
en ese caletón sombrío.

A la sombra del mar (1962), Manuel
Padorno

Te he querido, tú bien lo sabes.

Te he querido y te quiero
a pesar de ese hilo de luto que me hilvana
al filo de la tarde.
Y tengo miedo.
De la lluvia, del pájaro de nubes,
del silencio que llevo conmigo a todas partes.
Tengo miedo a la noche,
a quedarme encerrada entre alambres
del sueño,
a la palabra olvido
y a tus brazos en forma de barrotes dorados.
Miedo a recorrer la casa y saberla vacía
o a quererte, de nuevo, mucho mejor que antes.
No me abandones en esta larga ausencia.
Recuerda lo que he sido para ti otros inviernos:
el tiempo de querernos indefinidamente,
el mar,
los barcos que llegaban sin muertos a la orilla,
el ruido de las olas al fondo de la casa.
Y el viento,
recuerda el viento, amor, doblando las esquinas.

Inevitable océano
(1982), Elsa López